
CONVERSACION CON EL DR. ALVARO REY DE CASTRO*

Reportaje realizado por

MATILDE ELISA VITULLO**

¿Considera usted que el malestar de la cultura de nuestros días es el de la sexualidad, el de no sentirse vivo... o algún otro?

La dificultad que tenemos es que no se puede separar tan tajantemente. Creo que lo que tenemos en común los países de América Latina es la pretensión de establecer un modelo neoliberal, un poco a la fuerza, sobre bases institucionales muy endebladas, lo cual lleva al fenómeno de la corrupción. En mi país estoy en una Comisión Anticorrupción que es gubernamental pero no trabaja para el gobierno, sino que es independiente, lo cual es muy importante porque es para futuro. Creo que una cultura del tipo que tenemos en nuestros países lleva a una economía de mercado que es artificial; y es artificial porque las instituciones no son precisamente buenas. Y lo que hay, ciertamente –creo que la pregunta alude a eso– es una suerte de cultura del consumo asociada con la economía de mercado debido a lo cual se da toda una situación en la que, como decía Oscar Wilde, “todo el mundo conoce el precio de todo, pero nadie conoce el valor de nada”. Entonces, evidentemente la sexualidad puede ser muchas cosas. También puede ser un bien de consumo, de modo tal que la sexualidad se usa para vender cerveza, o para vender cualquier otra cosa. Por lo menos en las imágenes visuales que hoy abundan en las propagandas de televisión adquiere otro sentido; no es un vínculo, está extraída de un contexto en que pueda tener una función comunicativa o de otro tipo. Creo que lo que ha pasado –para hablar primero de la sexualidad– es algo que, a su manera, lo dijo Herbert Marcuse –quien ya no está de moda y lo dijo ya hace mucho tiempo–: que la sexualidad ya no se reprimía pero que en este cambio de concepción de la sexualización, que

* Realizada en Buenos Aires, el 31 de mayo de 2001, con motivo de la participación del Dr. Alvaro Rey de Castro en la V Conferencia Interregional de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), organizadas en conjunto con el Departamento de Salud Mental de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. El Dr. Rey de Castro es Vice-Presidente electo de IPA y miembro de la Sociedad Permanente de Psicoanálisis. *Association*.

** Psicoanalista. Miembro de SAP.



él llamaba desrepresión, se daba un fenómeno de banalización. Como decía el baterista de los Rolling Stones: "El sexo es muy importante, pero no tanto como lo creen los reprimidos". Así que es un poco esa paradoja de sentirse fuera del sistema si uno no tiene el ejercicio o una concepción de sexualidad que es la predominante en la cultura, que es la que nos vende la propaganda, sobre todo la propaganda visual televisiva, que es la que produce tanto impacto y nos dice que, si una persona no es hermosa, no tiene dieciocho años y un cuerpo escultural, o no es musculoso, o no usa determinado shampoo, o qué se yo, y no tiene cientos de mujeres o cientos de hombres (según sea el caso)... no es nadie, se está perdiendo la vida. Porque la vida está ahí en esa especie de hiperactividad de consumo. Y entonces ¿por qué no nos sentimos vivos? Porque, finalmente, no hablemos de la cultura neoliberal, porque quizás sería injusto; pero hay una ideología subyacente a la sociedad de consumo. Es aquella que nos dice que un bien es sustituible por otro. Entonces ¿qué es el éxito? El éxito es competir eficazmente, es tener determinados bienes, es acumular riqueza, cada vez más en términos estrictamente monetarios. La felicidad es tener muchísimo dinero, hacer viajes, si es posible ser millonario. Como la mayoría no puede ser millonaria se siente fuera de este sistema, pero se siente obligada a competir dentro de él y siente que no vale porque su costo, por así decirlo, no va. La cita de Oscar Wilde, a pesar de que es un juego de palabras, encierra mucha sabiduría. Finalmente, uno se pregunta: ¿en qué consiste mi vivir? ¿qué sentido tiene mi vida? Yo creo que muchos diríamos: mi vida tiene importancia en la medida en que tengo gente a la cual quiero o me quiere a mí, tengo amigos, puedo disfrutar de bienes de otro tipo, en el caso de bienes culturales como por ejemplo la lectura, la música, el ballet y el teatro. En fin, todo eso no tiene nada que ver con lo que decíamos anteriormente ya que no necesito tanto dinero para lograr todo eso. Pero puedo hallarme en una situación en la cual el sistema me obliga a competir, competir, competir todo el tiempo y simplemente no existo sino para eso.

¿En qué medida, a su parecer, la crisis por la que atraviesa la sociedad de consumo atenta contra el vínculo temprano y el desarrollo de una moral social? ¿Será que el otro no puede ser cuidado porque el uno no se constituyó con él?

Y sí, creo que definitivamente tiene que ver con la sociedad de consumo. Y hay un cierto tipo de ideología neoliberal que yo llamo «tranquilizante de conciencia» porque la idea es: ya no tenemos que preocuparnos de los pobres, ya no tenemos que preocuparnos por los demás porque el mercado es tan exigente que lo va a hacer solo, va a distribuir eficientemente el dinero, etcétera. Entonces yo no tengo que comprometerme. Estoy exonerado, estoy absuelto, no tengo por qué sentirme culpable por lo que el otro no tiene. Un valor fundamental como lo es



el de la solidaridad se va erosionando ¿no? Y ahora, yo pienso que nuestras culturas –hablo por el Perú– son muy resistentes a ello porque, finalmente, son culturas milenarias donde la solidaridad siempre fue un valor importante. Hay una especie de resistencia pasiva contra el sistema. Creo que no es casual que, si uno hiciera una radiografía de la sociedad peruana, probablemente el sector menos corrupto sería el de la comunidad indígena. Porque en la comunidad indígena en primer lugar no hay tanto que repartir ni que robar, pero en segundo lugar la cultura de la solidaridad es clara. Y el vínculo temprano es más corporal, es otra cosa.

¿No le parece que estamos asistiendo a personas que en realidad no pueden adueñarse de su sexualidad porque existen en ellas fallas graves en la constitución de sí mismos como una unidad, sobre todo en el contexto de las grandes ciudades que es el prevaleciente contexto de nuestro que-hacer?

Es esta paradoja de que la sexualidad en el anonimato de las grandes ciudades más que vehículo de comunicación de un afecto resulta ser un sistema de reclutamiento de las personas, en primer lugar. Uno puede hoy día en las grandes ciudades fácilmente, o en forma relativamente fácil, establecer un vínculo sexual en el cual la intimidad esté muy poco comprometida. Al día siguiente se enteran cómo se llaman y cosas por el estilo. Además creo que hay un uso de la sexualidad –y pienso que es más frecuente de lo que se piensa– como antidepresivo. Yo lo veo mucho en aquel que quiere ser un *yuppy*, entonces trabaja toda la semana y, de repente, se encuentra con un vacío espantoso el fin de semana porque no soporta el bajón de la adrenalina y se tiene que ir a la discoteca, divertirse... una especie de manía como norma cultural. O sea gente que, efectivamente, no puede parar porque si para y se confronta consigo mismo se deprime profundamente, porque descubre lo vacía que está. Creo que esto tiene que ver con el ritmo de nuestros tiempos. Además, en general, pienso que la norma cultural occidental hoy día está definitivamente a contracorriente de todo lo que sea introspección, o todo lo que sea conocimiento de sí mismo o contacto con afectos dolorosos de uno. Y en ese sentido poco a poco el psicoanálisis se está convirtiendo en el foco de resistencia de eso. Está recuperando su posición subversiva en ese sentido y me parece que eso es importante. En fin, en el Perú es muy curioso porque por un lado, por causas completamente diferentes, lo que es la población andina empobrecida llega al hospital psiquiátrico básicamente con sintomatología psicósomática. Es clarísimo. No pueden darse el lujo de una neurosis. Lo que uno descubre es que, detrás de un dolor de cabeza o cualquier otra sintomatología somática hay una depresión o hay una angustia. Pero no es verbalizable ni tienen la menor conciencia de ello. Y el otro grupo



que es el de los *yuppies*, los jóvenes ejecutivos que están viviendo este ritmo, está viviendo algo parecido. O sea que los extremos se juntan. Porque esta gente viene y reclama alivio inmediato. Los dos grupos tienen en común: «yo quiero una pastilla, una inyección, yo quiero algo que me alivie y me quite estos síntomas molestos. Yo no quiero saber de dónde viene mi problema, ni pasarme tiempo explorando cómo soy yo, incluso no me interesa mucho saber cómo soy yo». Es una cultura de negación de la introspección en el sentido de acceso a la vida íntima o al examen de sí mismo. Y, en ese sentido, el vacío que menciona la pregunta creo que es ese. Platón decía que una vida no examinada no valía la pena de ser vivida.

Existe un pluralismo teórico en el psicoanálisis contemporáneo que debería poder enriquecer mucho más nuestra práctica, sobre todo en términos de una efectiva contribución a los problemas que aquejan a la sociedad actual en su conjunto ¿A qué atribuye usted que ello no sea así?

Yo reconozco el valor de la afirmación. Efectivamente creo que es así. Sin embargo en el Perú se ha dado una situación un poco especial. No es que esté entrando en nacionalismos militantes sino que, en primer lugar, el psicoanálisis peruano siempre fue muy de trabajo interdisciplinario. Es una sociedad, además, muy joven la sociedad de psicoanalistas. Se puede hablar de la Sociedad como institución recién a partir de comienzos de los '80, no antes. Hemos vivido, además, etapas terribles. Hemos vivido la etapa de Sendero Luminoso, hemos vivido la etapa esta de corrupción final con Fujimori y todo el desastre anterior con el gobierno de Alan García. Es decir, no la hemos tenido fácil pero no nos hemos encerrado en un gueto. Al mismo tiempo los psicoanalistas peruanos hemos estado, creo, muy activos. En la época del terrorismo en el trabajo con los organismos de derechos humanos, en la ayuda a las víctimas para tratar de entender el fenómeno de la violencia a través de diferentes intentos: conferencias, simposios, etcétera, creo que hemos estado comprometidos, no hemos estado ajenos. Entre otras cosas porque hay diferencias sustanciales entre lo que pasaba en el Perú y lo que pasaba en la Argentina –yo he escrito algo de eso–; es decir, en la época del proceso acá yo entiendo que era peligroso para un psicoanalista tratar determinado tipo de pacientes. En cambio en la época del terrorismo en Perú tanto el paciente como el psicoanalista sabían que, saliendo del consultorio, ambos estaban expuestos a morir a raíz de la explosión de un coche bomba y, además, Sendero Luminoso no era una organización que buscara despertar simpatía. Era completamente diferente a los otros movimientos latinoamericanos, era un movimiento que aterrorizaba en el sentido estricto. La única comparación ahí es con el Khmer Rouge en Camboya y el movimiento revolucionario turco en donde la idea es usar el terror como un instrumento, no para convencer sino para asustar



para que la gente se pliegue. Esto hacía que nadie le tuviera simpatía, salvo el núcleo duro de Sendero que además nunca fue muy grande, había un rechazo total por Sendero, por sus métodos y el ejército peruano, a pesar de una primera reacción, digamos, de abuso, cambió de táctica cuando se dio cuenta que no podía hacer eso, incluso por razones estrictamente militares porque estaban repitiendo lo que hacía Sendero. Vieron entonces que así no iban a derrotar jamás el terrorismo. Hubo excesos, sin duda, y los excesos deben ser investigados y sancionados pero nunca en la escala ni de Argentina ni de Chile.

En realidad la pregunta apunta a las diversas líneas teóricas psicoanalíticas posfreudianas y a por qué no pueden ser aprovechadas más eficazmente en el tratamiento de cuestiones políticas, o de poder, o comunitarias, o del paciente individual o del grupo en tratamiento, si es que ello podría deberse a la falta de epistemólogos que entiendan de cada teoría en particular y se pongan a trabajar en ellas de tal forma que puedan ser aprovechadas en el sentido de poder luego pasar al acto que beneficie al individuo y la sociedad.

Voy a eso. Lo que quería dejar planteado en primer lugar es que hemos estado muy comprometidos en todas esas etapas. Ahora, ¿cómo funcionábamos como analistas? Como trabajábamos mucho interdisciplinariamente no podíamos ejercer una pretensión de la verdad absoluta. Teníamos que ir confrontando continuamente nuestro propio marco teórico con la realidad, con lo que nos decían los otros especialistas de otras disciplinas. Y eso, yo creo, refinó nuestra manera de pensar teóricamente. Es decir, en primer lugar, a renunciar a la omnipotencia de pensar que teníamos la explicación acerca de todo lo que sucedía. Pero creo que hubo una suerte de uso de la teoría en el sentido de “si esta teoría me explica mejor este fenómeno” la usamos. No hubo un uso sectario de la teoría sino un uso flexible. Eso se ve, por ejemplo, en el fenómeno de la corrupción. El fenómeno de la corrupción es un fenómeno universal. Hay planes anticorrupción prácticamente en todo el mundo y, en general, no han tenido éxito. Y resulta interesante saber por qué. El más exitoso de todos ha sido el de Hong Kong, porque en él, primero, hubo una voluntad política muy clara de parte del gobernador; y segundo, hubo un sistema muy eficiente de transmisión al empresariado de las desventajas de la corrupción, que tenía un costo, no solamente un costo moral y social sino también económico, que era una especie de impuesto indirecto; que, simplemente, era más eficiente funcionar sin corrupción. Hubo, por supuesto, aspectos represivos que siempre tiene que haber y el primer destituido fue el Jefe de Policía. Luego hubo una reconstrucción de la policía, etc. Pero, ¿a qué voy? A que, por ejemplo, no deja de ser interesante que, aparte del libro de Leo Rangell sobre Watergate y algunas conceptualizaciones



de Volkan, los analistas no nos hemos ocupado analíticamente del fenómeno de la corrupción. Entonces, tenemos que inventar una teoría. Yo estoy, por necesidad, en ese proceso. Porque si estoy en una comisión anticorrupción cuya función es plantear un programa hay que entender algo sobre la psicología de la corrupción. En ese sentido el nuestro es un país privilegiado porque, probablemente, tenemos la documentación más abundante sobre corrupción que haya en el mundo. ¡Mil seiscientos videos de actos de corrupción son material invaluable, y eso que no han aparecido todos! Entonces lo que estamos tratando es de comprender psicoanalíticamente una dimensión del fenómeno. En primer lugar, es fundamental hacer entender que la corrupción es siempre de a dos, que corrupto no es sólo el que recibe el dinero, corrupto es también el que lo da. Es la relación corrupta lo que está en el fondo. En mi opinión esto tiene que empezar en edades muy tempranas, por una educación inteligente sobre estos problemas de ética pública. Pero van a surtir efecto dentro de mucho tiempo. Un buen plan anticorrupción no va a durar menos de quince, veinte o treinta años. El de Hong Kong ha durado treinta años. Hay que acostumbrarse a pensar a muy largo plazo y los latinoamericanos somos muy malos en eso. La comisión en la que estoy está pensando en términos de largo plazo. Por eso se buscó un compromiso político con los dos candidatos. Los dos han manifestado su interés de que continúe la comisión. También se ha buscado el compromiso del Congreso, etc. Pero yo estoy convencido de que el control anticorrupción nunca va a venir de arriba, tiene que venir de abajo. La idea es crear una cultura de vigilancia ciudadana, pero para que haya vigilancia ciudadana tiene que haber conciencia de derechos. El problema es que en Latinoamérica hemos confundido democracia con elecciones. La elecciones son una condición necesaria pero no suficiente para la democracia. La democracia es poder ejercer derechos también. Deberes que cumplir pero también derechos que ejercer. Si yo soy víctima de un abuso ¿a quién acudo? Si tengo un sistema judicial en el cual para reclamar que se me rebotó un cheque tienen que pasar tres años o algo por el estilo, el sistema judicial no funciona, si no hay juez probo no hay democracia. Lo primero que tenemos que hacer es pensar institucionalmente. Y, para mí, el problema está en la base. Es decir la persona que pasa con luz roja, la persona que soborna a un policía. Si alguien soborna a un policía después no puede quejarse si el policía se vuelve parte de una banda de delinuentes y lo rapta y le pide dinero, etc. porque empezó él. Cuando yo hablaba, por ejemplo, de que tenía buena conciencia sobre la actuación del psicoanálisis en el Perú me refería –y esto de repente responde mejor esta pregunta– a que, por ejemplo, el Ministro de Educación (que es el vicerrector de mi Universidad) una de las primeras cosas que hizo fue reunir a un grupo asesor con psicoanalistas. Y se dieron cuenta que estábamos absolutamente arruinados si no asumíamos que el proceso educativo más importante es de 0 a 6 años. El Perú ha comenzado un programa de actividad



dirigida a la estimulación temprana y a la población más pobre que creo es de los más modernos que he visto. Porque, hacer estimulación temprana viniendo del Ministerio de Educación y dirigido a esa población me parece sensacional. Formidable porque, finalmente, la estimulación temprana no es cara, es algo que todo el mundo puede hacer. Se le enseña a los padres, es transmisible por los medios masivos de comunicación. Pero implica también una educación en valores. Y la educación en valores no puede ser lírica porque uno puede hacer cursos de educación cívica pero que resultan totalmente inefectivos. Yo pienso, por ejemplo, que lo que podría ser muy interesante para la enseñanza de lo que podríamos llamar, gruesamente, una formación moral –aunque el término no me gusta mucho– es el estudio de casos ambiguos. En el Perú existía la ley del arrepentimiento, por la cual si uno denunciaba a determinadas personas y esa información era buena, había una disminución de la pena, etc. De eso abusaron mucho. Un pobre hombre había estado preso once años por terrorismo sin haber sido jamás, ni remotamente, terrorista. Regresa a su pueblo y el pueblo descubre un monumento a su torturador que era uno de los héroes del rescate a la Embajada del Japón. Eso es dilema moral. Porque, por un lado ese hombre había sido un torturador y, por otro lado, ese mismo hombre había arriesgado su vida para rescatar a los rehenes. Finalmente es el tipo de contexto terrible en que nos sumergen y obligan a confrontar las situaciones extremas en nuestros países. Y él decía ahí que no hay que confundir moral con ética. Y a mí me parece vital distinguir porque, en términos de la política anticorrupción lo que tenemos derecho a exigir es un Código de Ética Pública, es decir que la gente se acostumbre a comportarse de acuerdo con un código claro. Por ejemplo: yo, como funcionario, estoy obligado a hacer mi declaración jurada, estoy obligado a no aprovecharme de fondos públicos, a no hacer abuso de poder, etc. etc. Son normas objetivadas que no hay que confundir con la moral. Porque cuando entramos en esa confusión nos perdemos. Uno puede tener una persona irreprochable personalmente como Hitler, que no fumaba, no bebía, no era mujeriego, era ejemplar en el sentido personal y era un monstruo en términos de ética pública. Pero, a la vez tenemos el caso inverso, tenemos la persona que cumple con el código de seguridad pública pero no con el de la moral privada convencional, pero eso es asunto de él, no es asunto del Estado. Entonces hay preguntas legítimas, y preguntas ilegítimas sobre el comportamiento personal. Yo le puedo preguntar a un presidente si usó su influencia indebidamente en este caso o en este otro, pero no le puedo preguntar a un presidente si le fue fiel a su mujer porque pertenece a la esfera de lo privado que yo estoy obligado a respetar. Porque en el momento que yo no respete esta distinción comienza la caza de brujas, que es el peligro de todos estos planes de anticorrupción. Y, felizmente, los primeros en entender esto en la Comisión Anticorrupción peruana fueron Monseñor Irizar, que la preside –es el obispo de Callao, una persona fuera de serie– y el Pastor evangélico,



que es miembro. Los dos fueron los primeros en comprender la necesidad metodológica de distinguir entre moral y ética pública.

Pensaba recién en lo que decía Winnicott respecto de que si se acompaña al bebé en su proceso madurativo como corresponde se desarrolla naturalmente la moral, no pasa lo mismo con la ética pública que necesita el código.

Yo creo que la ética pública necesita el código justamente porque hay muchas áreas grises. No es difícil distinguir lo que es delito pero ya el área de la influencia indebida es complicado. Que no debo contratar a mis parientes cercanos es razonable pero ¿qué pasa si la persona es el sobrino del tío político? ¿Es pariente? ¿no es pariente? Eso tiene que ser muy bien codificado. Tiene que haber normas. Tiene que haber legislación adecuada donde hay algunas lagunas. A pesar de que, en general, en nuestros países las legislaciones son formidables; si se cumplieran, seríamos Suiza ¿no? Por allí hay vacíos muy interesantes. En el Perú –yo no sabía esto, me enteré estando en la Comisión–, el lavado de dinero solo es delito si el dinero proviene del narcotráfico o del terrorismo. No es lavado de dinero si viene de negocios ilícitos. O sea que ahí hay que cambiar la ley. Es asunto para especialistas. Y, bueno, hay todo el reto sumamente interesante de cómo educar en cuestiones, por un lado, de ética pública y, por otro lado, lo que llamaríamos de la esfera moral.

Hay quienes piensan que el gran avance de la tecnología hace que se atrofie la capacidad de “experienciar”. ¿Podría ser necesario algún cambio de la técnica para favorecer el desarrollo de dicha capacidad?

Yo acá tengo una opinión quizás un poco controversial. No estoy en contra de la técnica. Creo en el proverbio chino que dice que el cuchillo no es ni bueno ni malo pero el que lo agarra por la hoja se corta, el que lo agarra por el mango no. Entonces, ¿qué pasa? El desarrollo de la tecnología es un instrumento formidable para un montón de cosas, el problema es el uso. Uno no puede estar en contra de la computadora. Uno no puede estar en contra de la tecnología de las comunicaciones. ¿Por qué? Porque son maravillosas, ¡caramba! en términos humanos... Yo, por razones políticas, pasé gran parte de mi infancia en Suiza, después me eduqué en el Perú, en fin... Y había perdido totalmente conexión con quienes eran mis compañeros de colegio de la primaria. Apareció la computadora e inmediatamente volví a establecer conexión con toda esa gente. Eso, humanamente, es enriquecedor.

Sí, pero la infancia había sido una infancia en que la posibilidad de experimentar con el otro jugando, me parece, era muy superior a la actual ya que el infante está más tiempo frente al televisor que funciona como chupete electrónico o con la computadora cuando son un poco más grandes y, entonces, ¿dónde está la experiencia con el otro?

Vamos por partes. Con uno de los amigos de los que yo había perdido contacto (este no era de Suiza sino del Perú) no nos habíamos visto en veinte años. Él – por razones de trabajo estaba obligado a cambiar mucho de país, etc. y nos reencontramos a través de la computadora– me cuenta la siguiente historia: que él tenía una hija, que en esa época tendría dieciséis años, que se sentía muy desarraigada con esos cambios y se refugiaba un poco en la computadora y se enamoró por correo electrónico. Además era una situación en la que los dos se presentaban como personajes diferentes ya que ella se presentaba como una pastorcita peruana y él, que era un hombre mayor, se presentaba como hombre maduro y atractivo. En fin, se enamoran y el padre, felizmente, se da cuenta que detrás había una cosa rara; como sabía de computadoras porque era publicista, se mete en la computadora y evita que su hija se fugue con este señor porque ya habían acordado acerca de hora y lugar. Luego el padre descubrió que era un funcionario de una embajada europea y era, por supuesto, un sesentón impresentable y que tenía antecedentes. Pasan cuatro años. De repente esta chica vuelve a establecer una relación por chat con un muchacho francés de una provincia. Los padres le dicen: “hijita, la única condición que te ponemos es que queremos conocer a la persona”. Y viene el muchacho y resulta que es un matemático brillante, un tipo fuera de serie, un chico muy bien. La pareja se une, hace cuatro o cinco años que son felices. O sea que acá tenemos las dos versiones de lo que puede suceder con este tipo de comunicación. Creo que, como todo instrumento, tiene que ser dosificado y hay que aprender a usarlo pero yo no diría eliminarlo. Es decir, por ejemplo, yo no me puedo oponer al teléfono. Si un chico de dos años agarra el teléfono y comienza a balbucear yo le digo que no. Mal haríamos en convertirnos en enemigos de la tecnología como tal. De lo que se trata es de tener una relación razonable y humana con esos instrumentos.

¿No cree que las consecuencias derivadas del avance tecnológico colocan al sujeto en inferioridad de condiciones respecto de su posibilidad de contactar con el mundo y con el otro y de su capacidad de aprendizaje a partir de la experiencia? En relación a la técnica psicoanalítica, tiene que ver con lo siguiente: alguien que estuvo sentado frente al televisor en lugar de estar intecambiando vivencias con su madre o con sus hermanos y tiene que hacer un tratamiento psicoanalítico, si la técnica es la pertinente para estimular el desarrollo de esa capacidad que quedó trunca, la de



experienciar con el otro, es decir, que en lugar de ir a jugar a la pelota mira el partido por televisión.

Yo no estoy diciendo que hay que sustituir a la madre por el televisor. Definitivamente no. Lo que estoy tratando de hacer es ir contra una suerte de moda antitecnológica que hay en algún sentido, en el sentido de decir que la televisión hace daño, o que la computadora hace daño. Creo, ciertamente, que puede hacer daño porque la televisión, por ejemplo, banaliza la violencia y la convierte, además, en un fenómeno estético. Esta combinación de estetización de la violencia con banalización de la misma, estos héroes que vienen con una metralleta y matan a cuarenta y cinco personas, creo, genera educativamente más violencia. En fin, en el sentido más estricto de su mal uso pero, por otro lado, yo me encuentro con casos de gente luchando, con dificultades de contacto: fóbicos, esquizoides, gente con dificultad de relación que han encontrado... en fin, que no siempre va a poder o querer ir al psicoanalista, seamos realistas, pero que encuentran un refugio en el chat. Que les da una intimidad muy especial porque el chat tiene eso de la intimidad de la comunicación sin la presencia corporal que es una combinación interesante y les ofrece un espacio que, paradójicamente, puede ser muy humano. Ahora, que es preferible otra cosa, no hay duda.

¿Por qué «paradójicamente»?

Bueno, porque uno no se imagina que una máquina pueda ser un vehículo de intimidad.

Una carta es un vehículo de intimidad.

Pero no es la dimensión que nos presentan habitualmente. Efectivamente es así. Muy bien dicho, una carta es vehículo de intimidad, la carta moderna es el e-mail. Entonces, a lo que yo voy es que, en mi experiencia personal de adulto siento que la computadora, paradójicamente, me ha ayudado a humanizar, no a deshumanizar, he recuperado amigos. Antes yo era muy malo escribiendo cartas, digamos, si uno quería relacionarse era trabajoso... Ahora es una maravilla poder comunicarse con todo el mundo. Eso humaniza. Claro, no vamos a estar tres horas y media...

Esos son los beneficios que aportan los adelantos tecnológicos como, por ejemplo, si alguien está condenado a muerte y pueden realizarle un transplante. Ahora, si tenemos sujetos que han sido criados de forma diferente y llegan al consultorio con esa dificultad respecto del experienciar con el otro ¿sirve la técnica habitual, analista detrás, paciente hablando de sus fantasías...?

Los psicoanalistas siempre hemos tenido una idea absurda de la técnica porque somos la única profesión que conozco que, en teoría por lo menos, pide que el paciente se adapte a la técnica y no la técnica al paciente. Entonces, tenemos un modelo de cuatro, tres, dos veces por semana y tiene que venir, echarse, hacer esto o hacer lo otro. En realidad tendríamos que ser nosotros los que adaptamos la técnica al paciente.

Yo le quería hacer esa pregunta: ¿cómo hacemos para no querer calzar a la sociedad en nuestro método?

Lo que pasa es que... es muy difícil dar recetas de cómo no hacerlo. Yo creo que tiene que ver con la persona del analista, con la persona del paciente. Un montón de veces nos olvidamos que el paciente es una persona. Y hablamos del paciente como del paciente esto o el paciente aquello; el paciente también es una persona. Y lo que establecemos en el consultorio es una relación con esa persona. Si no hay relación no hay ninguna posibilidad de ejercer el análisis o hacer progresos.

Por eso hay tanto “como si”.

Efectivamente. Ahora, en lo personal, a mí me gusta mucho no sólo ver la patología, me gusta mucho tomar en cuenta la potencialidad y apuntalar eso. Parto de la premisa de que tenemos una gama de instrumentos que vamos combinando en una forma que no puede estar reñida con el estilo del propio analista como persona. Creo que el analista tiene un estilo que no debe confundirse con técnica. En la época que yo me formé estaba en auge la discusión acerca de si el analista debía o no dar la mano que hasta ahora me parece absurda. Es espontáneo. Hay pacientes a los cuales les doy la mano, hay pacientes que no. No porque esté siguiendo una regla técnica sino porque tengo el olfato de hacerlo o no hacerlo. O hay pacientes que van al diván y pacientes que no, o pacientes que utilizan el diván pero sentados, pacientes que usan el sillón o prefieren caminar alrededor del cuarto o sentarse en el medio del cuarto. Eso me parecen cuestiones menores; mi apuesta es que pacientes que han sido expuestos a este tipo de abandono, porque eso es un abandono, abandono al televisor o a lo que sea, justamente es muy importante la verdad. Pero la relación es previa a cualquier intento interpretativo. Yo creo que las cosas más interesantes que pasan en el psicoanálisis no son las que se escriben en los trabajos sino las que se cuentan en los pasadizos, que con este paciente esto o aquello sucedió, que escapa a las normas.



Bueno... en nuestra institución que es pequeña y nuevita la gente se sorprende (los *sponsors*, por ejemplo, se sorprendieron) de cómo nuestros candidatos cuentan la verdad acerca de los tratamientos que efectúan. Pero porque nosotros contamos la verdad, los didactas nos exponemos a contar lo que hacemos de verdad con nuestros pacientes.

Y esa es la verdadera ética del psicoanálisis. Recuerdo una paciente muy perturbada con una poliadicción, una chica muy violenta, yo diría que el momento en que comenzó bien la relación fue cuando ella sintió que me podía mandar al diablo y lo hizo. Lo hizo y vio que no pasaba nada. Es decir que continuábamos al día siguiente. O que a veces yo también me podía enojar y ella me podía decir: "pero estás enojado" y yo le decía que sí, que estaba enojado y que íbamos a ver por qué. El talento de esta chica era muy grande, creo. Ella es periodista. Poco a poco se fue orientando, ella escribe muy bien, se metió en una Universidad. Estoy reportando períodos largos porque fue bien complicado el tratamiento, con recaídas, hospitalizaciones... Pero, por ejemplo con esta paciente yo sentía que el humor era muy importante. No entendía muy bien por qué hasta que descubrí que la madre de esta paciente (que es una educadora) era una persona muy rígida, muy dura y a la vez muy débil. Entonces el problema era que ahí era un doble mensaje total. Como educadora, la madre era perfectamente conciente que esta chica no debía estar demasiadas horas delante de la televisión como hemos hablado pero, al mismo tiempo que le prohibía la chica no le hacía caso a la prohibición y la madre no le hacía caso a la transgresión. Pero más que eso finalmente la madre no tenía ningún sentido del humor. Es decir, no había alegría. Era una casa sin alegría, sin la alegría de vivir. Una cosa simple. Entonces entendí mejor la adicción de esta chica. Porque era una adicción al éxtasis, la droga de moda. Bueno, el fin era hablar del tema de variación de la técnica. No hay reglas. Justamente en el momento que establecemos las reglas demasiado rígidamente perdemos la espontaneidad.

De los embates que debe soportar el psicoanálisis, ¿cuál le parece más difícil de enfrentar: el proveniente de sus enemigos o el de sus amigos cuando éstos plantean verdaderos desvaríos?

Sin ninguna duda, el segundo. ¡Sin ninguna duda!

¿Cómo podrían nuestras sociedades e institutos psicoanalíticos promover una mutación que nos aleje del conocimiento objetivante y nos aproxime a un saber capaz de recuperar lo humano?

Pues yo creo que, básicamente, nuestros institutos han funcionado con ese mo-



delo vertical que creo que es fatal. Incluso el nombre «candidato». ¡Uah! Nos olvidamos de que son personas.

Y, en su mayoría, profesionales formados.

Profesionales formados que muchas veces saben más que nosotros. Una manera, ciertamente, es democratizar la institución, de verdad. O sea en términos de enseñanza nosotros no tenemos ningún problema con el hecho de que un candidato enseñe sobre un tema. Eso es desjerarquizar totalmente el tema del status.

Que no sea un ejército.

¡Exactamente! y, además, que sea extremadamente flexible porque lo que buscamos es una verdadera formación. Yo creo que todavía lo tenemos rígido, más que nada por razones de número, nosotros también somos un grupo chico todavía. Pero la idea es que, por lo menos, los dos últimos años sean de currículo totalmente flexible. Donde el profesional enseña lo que le gusta o lo que le interesa y el candidato (o el estudiante, mejor) elige. Y entonces estamos todos contentos. Después, yo creo que es importante el exponernos a lo externo. No podemos atender personas y nada más. Repito que nuestra sociedad tiene mucha actividad interdisciplinaria. Epistemológicamente hablando, para mí el problema no es tanto el conocimiento objetivante, porque hay un momento objetivante. Cuando yo interpreto me tengo que salir, por un momento, de la situación para volver luego. Pero lo que creo que es fundamental transmitir es que siempre estamos inmersos en una relación que es intersubjetiva, que es intersíquica al mismo tiempo, que además es pendular en el sentido de que en ciertos momentos se vuelve más intersubjetiva y en otros se vuelve más intrapsíquica, que eso es inescapable absolutamente. No nos podemos salir de eso. Y que yo diría que el problema es darnos cuenta de que jamás debemos tratar al otro como objeto. Que es distinto al tema del conocimiento objetivante. Nuevamente, depende de cómo use la información que tengo. Y finalmente el ejemplo que veíamos de estimulación temprana viene del conocimiento objetivante pero puede ser usado de manera muy humana. Yo creo que, quizás, el mayor defecto de nuestros institutos, muchas veces, es que no hemos logrado evitar las identificaciones masivas con las figuras de transmisión. Son los destinos más o menos naturales de todos los institutos. Al principio siempre se sienten demasiado identificados con cómo funcionan sus maestros y se sienten poco espontáneos; y poco a poco se van soltando a ser sí mismos; y recién cuando lo logran, si es que lo logran, se convierten en analistas. Cuando tienen estilo propio. Para mí el tema del estilo es un tema descuidado porque, por ejemplo, a nosotros nos enseñan o enseñaban: el analista debe ser cálido y empático. ¡Magnífico! pero...



¿qué pasa si un día no me siento ni cálido ni empático con ese paciente? Si me esfuerzo a jugar el papel de cálido estoy haciendo una distorsión de la situación analítica. Estoy jugando un papel. Eso tiene que ver con el estilo además. Hay analistas afectuosos. Hay analistas menos afectuosos. Personalidades diferentes. Yo soy un convencido de que hay analistas que pueden analizar a determinadas personas y no a otras. Y que estas últimas se pueden analizar perfectamente con otros analistas y eso no es deshonor para nadie. Todos tenemos nuestras quimias en alguna parte que nos impiden alguna cosa.

**¿Cómo resulta en su país el diálogo del psicoanálisis con la Universidad?
¿Favorece el carácter y progreso científico del psicoanálisis y aporta eficacia a la resolución de problemas?**

En principio creo que el diálogo del psicoanálisis con la universidad es fundamental –esto está relacionado con la otra pregunta, acerca de cuáles son nuestros verdaderos enemigos–: yo creo que nuestros enemigos más terribles son nuestros amigos. Y el estar en un medio universitario nos obliga a sostener un punto de vista y una perspectiva frente a otros. Por lo tanto nos obliga a pensar cuál es la posición del otro y en qué puede tener razón. A escuchar al otro, a aprender a aceptar la crítica, porque también los psicoanalistas nos hemos mantenido en un aislamiento como en una burbuja, porque nosotros lo sabíamos todo, etc. A mí en lo personal, por ejemplo, me han presentado cosas de enorme interés que jamás hubiera imaginado. Porque yo provengo más bien del lado de la Psicología y la Filosofía pero tengo un muy buen amigo neurólogo quien me ha mostrado cómo en una resonancia magnética funcional, de acuerdo con la historia que uno le iba contando al paciente se iban activando los distintos centros cerebrales. Y él sostiene, además que, eventualmente, con un cierto refinamiento uno va a poder predecir quién recae o no en el uso de la droga por ejemplo. Pero al mismo tiempo este neurólogo (ciencia dura y todo lo demás) tiene gran simpatía por el psicoanálisis; dice «los únicos que pueden ayudar en esto son los psicoanalistas». Yo recuerdo una Junta Médica muy extraña que tuvimos una vez: yo tenía una paciente con una lentitud motora muy notoria; siempre estaba cansada; siempre llegaba muy tarde. Yo sentía que eso no era resistencia. Había algo ahí que no era simplemente resistencia. Hicimos entonces un Junta Médica: un neurólogo, un especialista en perturbaciones del sueño, y yo. Pasó por el laboratorio de sueño y nos dimos cuenta en el trazado electroencefalográfico que tenía el trazado totalmente perturbado y que venía como una zombi porque no dormía bien. Dormía pero no descansaba. Para mí ese es el ejemplo más claro de cómo uno puede aprender del otro.

Le faltaba la reparación del sustrato orgánico.

Y al mismo tiempo, el neurólogo y el especialista del sueño (que en este caso también era neurólogo), los dos dijeron: “a esta mujer la vamos a medicar, pero lo más importante para ella es la psicoterapia”. Y no había ninguna duda.

¡Qué suerte! Porque podrían haber dicho: “con esta medicación va a descansar y se acabó la necesidad del analista” y sin embargo, no fue así, supongo que estaban reconociendo que se produce toda una alteración a nivel hipotalámico en ese sujeto.

¡Claro! y es lo que yo hablaba acerca de la importancia que tiene la interdisciplina. Por ejemplo, el conflicto tradicional entre los psiquiatras orgánicos y los psicoanalistas. Uno de mis mejores amigos y una persona a la cual respeto y admiro muchísimo porque es una eminencia además, que pasa por ser enemigo del psicoanálisis (es un hombre mucho mayor que yo con el cual tenemos un trato muy curioso, con mucho afecto pero por la diferencia de edad él no se atreve al tuteo y yo tampoco, así que él me habla de don Álvaro y yo le hablo de don Javier), un día me llama y me dice: “Mire don Álvaro tengo un paciente que yo pensé que estaba deprimido y le receté tal y tal cosa y no funcionó, después pasó un tiempo y le receté otra cosa y tampoco y, finalmente he hecho un último intento y usted sabe... el cuerpo es muy sabio, un medicamento no funciona cuando no se necesita, por lo tanto se lo estoy derivando». Y estoy hablando de un psicofarmacólogo de los duros. ¡Una maravilla!... ♦

